

LA COMPRENSIÓN BONDADOSA

15 de diciembre de 2005

Excelentísimo Sr. Rector Magnífico
Excelentísimas e Ilustrísimas personalidades
Claustro de la Universidad y comunidad universitaria
Señoras y señores

Es probable que muchos de los aquí presentes no conozcan personalmente a D. Antonio Mingote o no hayan tenido ocasión de verlo “en vivo” hasta hoy. Sin embargo, creo que Mingote es un personaje íntimo y familiar para todos nosotros, desde hace tiempo. Tan íntimo y familiar como pueda serlo el olor inconfundible que percibimos al abrir la puerta de casa al regreso de un largo viaje. No recuerdo muy bien cuándo vi por primera vez una de sus viñetas. Debió ser a finales de los años sesenta, en una época en la que solamente abría el periódico de mis padres para mirar dos cosas: el chiste de Mingote, y el horario de los dibujos animados en la tele. La mencionada sensación de familiaridad con nuestro personaje comenzó a fraguarse entonces y se fue consolidando poco a poco. Y es esta sensación de familiaridad que todos compartimos lo que subyace al reconocimiento de nuestra Universidad a la figura de Antonio Mingote, porque es la muestra más evidente de la forma especial en la que su trabajo ha repercutido en la vida cultural española durante todos estos años. Mingote es ya un clásico. Y si nos preguntamos por qué, encontraremos muchas buenas razones para tenerlo hoy con nosotros en este Paraninfo.

La justificación global de sus más de cuarenta años de premios y reconocimientos es sencillamente que nos encontramos ante una persona excepcional. Es excepcional la combinación de ingenio, elegancia, bondad, honestidad, tolerancia y curiosidad intelectual que lo caracteriza. También lo son la gran coherencia interna de su obra y la rigurosa dedicación al trabajo que le ha permitido ir construyendo esa obra a lo largo de más de medio siglo. Es también excepcional el carácter múltiple y polifacético de sus actividades, ya que Mingote ha sido, además de militar en su juventud, novelista, autor de comedias y de guiones para cine y televisión, periodista, creador de murales y decorados teatrales, pintor y, por supuesto, humorista gráfico. En todos estos campos su paso ha dejado una huella singular y original. Y finalmente es excepcional, como se ha señalado ya centenares de veces, el estilo inconfundible de sus trazos y sus pinceladas, y la serie de personajes nacidos de ellos, desde el inefable Gundisalvo a los cavernícolas, desde los pobres y los vagabundos a las sirenas, desde las señoras orondas a los señores de negro.

Es obligado preguntarse qué hace inconfundible a este estilo de humor gráfico. Desde luego no soy el primero en hacerse esta pregunta. Hay ya varias monografías que intentan desentrañar sus claves ocultas, y el filósofo Gustavo Bueno les ha dedicado un sesudo estudio titulado “Los ingenios de Mingote”. Son pocos los humoristas que llegan a ser objeto de análisis de este nivel. Pues bien, sin ánimo de añadir nada original a estos intentos, diré que las claves del estilo mingotiano pueden reducirse esencialmente a dos. La primera es estrictamente pictórica, y no me detendré en ella: es la forma de construir la figura humana y de combinar trazos que ha llevado a Francisco Umbral a afirmar que “Mingote es el Picasso de los periódicos”. La segunda es quizá el rasgo que más destaca en sus viñetas: se trata de una actitud de “comprensión bondadosa” hacia la

humanidad que el mismo Mingote, siguiendo a Wenceslao Fernández Flórez, ha citado como uno de los componentes esenciales que deben caracterizar a los grandes humoristas. En mi opinión también es, por ejemplo, un componente esencial del humor de Quino, el padre de *Mafalda*, galardonado asimismo por la Universidad de Alcalá. Esta actitud de comprensión bondadosa se percibe con fuerza cuando Mingote toca en sus chistes algunos temas clásicos del humor negro, como el de los suicidas que se preparan para ahorcarse: es, por ejemplo, la ternura escondida e implícita en la escena del señor de negro que riega cuidadosamente –la regadera en una mano, la sogá en la otra- el arbolito del que en un futuro piensa colgarse.

Decía Kant que “La risa surge de la súbita transformación de una expectativa sostenida en nada”. Su afirmación condensa toda la teoría cognitiva del humor y los mecanismos que están en la base de cualquier manifestación humorística, incluso en las más simples: en el resbalón del despistado que provoca la carcajada de los espectadores, o en los chistes que cuentan los niños. Bergson y Freud, entre otros, han mostrado que el origen del humor está en el goce de la incongruencia: el humor nace como reacción ante un acontecimiento que no encaja con nuestras expectativas sobre el mundo o con patrones establecidos. Por esto el humor suele estar ligado a la ruptura de las normas o de los principios que por defecto deberían funcionar en una situación, y a la desviación con respecto a la lógica de las cosas. Naturalmente, para experimentar el humor hacen falta ciertas capacidades lógicas y computacionales que los humanos poseemos como parte de nuestra racionalidad. Son las capacidades que hacen que seamos la única especie que disfruta por medio de la resolución de incongruencias. Son las capacidades racionales que los humoristas explotan cuando nos sorprenden con el golpe de efecto al final de un chiste. Son, por lo tanto, los mecanismos cognitivos comunes a todas las formas de humorismo, y son los responsables de que la ironía esté en muchos casos asociada con el humor. Están bien presentes en la línea poética y surrealista de La Codorniz y en el estilo de Ramón Gómez de la Serna, de los que Mingote se siente continuador.

Ahora bien, son otros factores los que hacen diferente al humor de Mingote: los temas tratados, la finura de la ironía, y, sobre todo, la actitud con la que contempla el mundo. Es este último factor el que resulta decisivo en la caracterización de su estilo, como he dicho anteriormente. En él sobresale esa actitud tolerante con la que observa el comportamiento humano y los detalles de la vida cotidiana, esa compasión ante nuestros defectos y nuestra estupidez que le permite sacar a la luz facetas ocultas de las situaciones más triviales. Podríamos decir, entonces, que el aroma típico de las creaciones de Mingote es el resultado de mezclar una sólida técnica de dibujo y un toque de ironía y fina observación con una buena dosis de comprensión bondadosa.

Todo ello ha impulsado a muchas instituciones a honrar a Mingote con numerosísimos premios, entre los que podemos mencionar la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes, la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica, el Premio Nacional de Periodismo, el Premio Formentor del Humor y la Tolerancia, la Medalla de Oro al Mérito Artístico concedida por el Ayuntamiento de Madrid y la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo, sin olvidar otras distinciones y reconocimientos, como su ingreso en la Real Academia Española en 1988 o el Homenaje Nacional que se le tributó en 1995. También es obligado recordar que la Universidad de Alcalá le concedió el Premio Quevedos (1998), destinado a premiar la trayectoria de los humoristas gráficos iberoamericanos cuya obra haya tenido especial

significación social y artística. Y desde 1967 existe incluso un premio que lleva su nombre, el Premio Mingote para humorismo gráfico. El resultado es una situación que impresiona, felizmente, por el acuerdo generalizado entre todos los sectores de la sociedad española para agradecer a Antonio Mingote su contribución a mejorar nuestra percepción de las cosas.

Una vez glosados los motivos para admirar a Mingote –unos motivos que sin duda todos compartimos-, es tiempo de presentar los que sustentan la especial relación de D. Antonio con la Universidad de Alcalá, es decir, los que nos reúnen aquí.

Alguien podría sorprenderse por el hecho de que una institución dedicada a la enseñanza, a la investigación y a la divulgación del saber como es la nuestra decida concentrar su atención sobre un humorista, al tiempo que honra a notables científicos o a eruditos. Pues bien, no hay motivo de sorpresa. El humor y la risa no son ajenos a nuestras preocupaciones académicas, lo que permite encuadrar la relación entre la Universidad y Mingote en el panorama general del progreso del conocimiento. A los lingüistas les interesa el análisis del humor verbal y de la ironía como una vía de acercamiento a los mecanismos generales de interpretación de enunciados que hacen posible la comunicación por medio del lenguaje; el interés está justificado por el papel destacado que desempeñan la manipulación de los contenidos implícitos y las estrategias pragmáticas en el procesamiento de todo lo humorístico. Otros investigadores analizan la forma en la que insertamos chistes y bromas en nuestras conversaciones con el objetivo de gestionar mejor las relaciones interpersonales. Por parecidas razones el humor es objeto de la atención de teóricos de la literatura, de psicólogos del conocimiento y de especialistas en inteligencia artificial. Así que no hay duda de que se puede disertar sobre el humor en tono muy serio.

Por otro lado, esta Universidad ha mostrado desde hace años un significativo interés por todas las formas de humor gráfico. En diciembre de 1992 se celebró la I Muestra de Humor Gráfico, y desde entonces los pasillos de nuestras facultades se ven regularmente tapizados de chistes y viñetas. A la Muestra se añaden, más recientemente, el ya mencionado Premio Quevedos, que la Fundación General de la Universidad concede conjuntamente con el Ministerio de Cultura y el de Asuntos Exteriores, y la revista del mismo nombre, e incluso la presentación de cursos especializados sobre el valor terapéutico del humorismo, sobre su función en la enseñanza o sobre la perspectiva intercultural en el humor. Acoger a Antonio Mingote en nuestro claustro es, pues, un acto más de apoyo a los humoristas y una muestra de nuestro compromiso con su labor.

Y, finalmente, Mingote y nuestra Universidad comparten una evidente inclinación hacia la figura y la obra de Cervantes que también es obligado recordar ahora, cercanos ya al final de este año de conmemoraciones cervantinas. La Universidad ha plasmado su vinculación a Cervantes en múltiples actos culturales y en las publicaciones de sus investigadores; Mingote la ha plasmado en su participación como ilustrador en la magnífica edición del Quijote que este año ha visto la luz y que ha sido justamente celebrada por los medios de comunicación. Esto no pasaría de ser una mera y feliz coincidencia si no existiera una conexión más profunda y robusta, y por tanto más interesante, entre la obra de Cervantes y la obra de Mingote. La conexión está, de nuevo, en la mirada comprensiva y tolerante hacia lo humano que descubrimos en ambos autores. Podemos decir que Mingote es “cervantino” justamente porque su

perspectiva es la de la comprensión bondadosa, porque su ironía está construida con elegancia y delicadeza, y porque encontramos en él la actitud sonriente y generosa ante la vida que percibimos en el autor del Quijote. Sin duda también se ha mantenido esa mirada en su forma de retratar a don Quijote y a Sancho. Y es claro que esta mirada comprensiva no les ha impedido ni a Cervantes ni a Mingote expresar puntos de vista críticos sobre los acontecimientos que los rodeaban, como esperamos siempre de los grandes humoristas.

Al incorporar a Antonio Mingote a su claustro, la Universidad de Alcalá quiere enriquecerse con el magisterio de uno de los grandes humoristas de nuestro tiempo. Su contribución es imprescindible porque el humor tiene la capacidad de refinar y mejorar nuestra visión del mundo, y Mingote lo sabe bien, como queda reflejado en esta frase suya: “El humor se tiene o no se tiene y es la forma de ver las cosas con claridad”. El humor, como la poesía y todas las manifestaciones artísticas, nos proporciona formas nuevas de enfocar las situaciones y las relaciones humanas. De esta manera potencia nuestra representación del mundo y, en términos del propio Mingote, la hace más clara y más incisiva, porque descubre conexiones ocultas, tensiones no evidentes a simple vista, matices escurridizos, y perspectivas que generan nuevos enfoques de las cosas. Ser capaz de reírse de uno mismo es por ello un síntoma de equilibrio y juicio, y a su vez reírse de uno mismo le hace a uno más sensato y juicioso; a propósito de esto no resisto la tentación de recordar la célebre frase de Oscar Wilde: “Es monstruosa la forma en la que la gente hoy en día va diciendo cosas sobre ti a tus espaldas que son absolutamente ciertas.” En este intento de hacernos mejores se concentra, pues, la significación cultural de la obra de un maestro del humorismo español como es Antonio Mingote. A él le debemos no sólo millares de buenos momentos, sino un magnífico ejemplo de generosidad e inteligencia.

Por lo tanto, expuestas estas reflexiones, solicito para el Excmo. Sr. D. Antonio Mingote Barrachina la colación del Supremo Grado de Doctor *honoris causa* por la Universidad de Alcalá.